

Lavinia SIMILARU
(Universidad de Craiova)

«**Mi nombre es Jamaica**» de José Manuel Fajardo y
«**Don Quijote**» de Miguel de Cervantes. Una lectura intertextual

Abstract: *My Name is Jamaica* by José Manuel Fajardo and *Don Quixote* by Miguel de Cervantes. An Intertextual Reading. José Manuel Fajardo is a Spanish writer and journalist, born in 1957. Despite his legal background, he is passionate about history. His books evoke important events in the history of Spain and Latin-America. *My name Is Jamaica* (2010) is one of his most famous novels. Nathalie Piégay-Gros noticed that a text can't be written 'independently of what has already been written and, that it bears, in a manner more or less visible, the trace and memory of an inheritance and tradition'. To Julia Kristeva, 'any text is the absorption and transformation of another'. Any literary text is a 'palimpsest', to use Gérard Genette's term. 'The absorption' of the novel *Don Quixote* into *My Name Is Jamaica* is undoubted. In addition to this, José Manuel Fajardo mentions Cervantes's masterpiece several times throughout his novel. As Riffaterre states, it is a 'compulsory intertextuality' that any writer perceives.

Santiago Boroní, the protagonist of the novel *My Name Is Jamaica*, teaches history at a university in Paris. In the XXIst century, he lives a story similar to Don Quixote's: he owns an immense library, partly inherited; he reads a lot, loses his mind and wants to resemble the hero of his readings, a warrior called Jamaica, from the 16th century. Like Don Quixote, he changes his name, tries to make the world a better place, defends the weak and the oppressed. He delivers grandiloquent speeches and drags those around him into his absurd and dangerous adventures. In the end, he comes to his senses and asks those he had involved into his pipe dreams for forgiveness.

Keywords: *Spanish literature, intertextuality, novel, Cervantes, Fajardo*

Resumen: José Manuel Fajardo es un escritor y periodista español, nacido en 1957. A pesar de los estudios de Derecho, lo que más le interesa es la historia. Sus libros evocan acontecimientos importantes de la historia de España y de América Latina. *Mi nombre es Jamaica* (2010) es una de sus novelas más conocidas. Nathalie Piégay-Gros observa que un texto no puede ser escrito "independientemente de lo que ya está escrito, y lleva, de manera más o menos visible, la huella y la memoria de una herencia y de la tradición." Para Julia Kristeva, "todo texto es la absorción o transformación de otro texto". Cualquier texto literario es un „palimpsesto”, para utilizar el término de Gérard Genette. La „absorción” de la novela *Don Quijote* en *Mi nombre es Jamaica* es evidente. Además, José Manuel Fajardo menciona varias veces la obra maestra de Cervantes en su novela. En términos de Riffaterre, es una "intertextualidad obligatoria", que percibe cualquier lector.

Santiago Boroní, el protagonista de la novela *Mi nombre es Jamaica*, es profesor de historia en una universidad de París. En el siglo XXI, vive una historia parecida a la de Don Quijote: posee una inmensa biblioteca, en parte heredada, lee mucho, pierde la razón, y quiere parecerse al héroe de sus lecturas, un guerrero llamado Jamaica, del siglo XVI. Igual que Don Quijote, cambia de nombre, trata de enderezar el mundo, defiende a los débiles y oprimidos. Pronuncia discursos grandilocuentes, e involucra a los demás en sus aventuras absurdas y peligrosas. Al final de la novela recupera la razón, y pide perdón a los que había implicado en sus quimeras.

Palabras clave: *literatura española, intertextualidad, novela, Cervantes, Fajardo*

1. La intertextualidad

Nathalie Piégay-Gros observaba en su *Introduction à l'intertextualité* que un texto no puede ser escrito "independientemente de lo que ya está escrito, y lleva, de manera más o menos visible, la huella y la memoria de una herencia y de la tradición." (Piégay-Gros: 1996, 7) La autora añade que cualquier obra literaria "se sitúa siempre dentro de las obras que la preceden, y jamás es posible hacer tabla rasa de la literatura." (Piégay-Gros: 1996, 7)

El origen del concepto de intertextualidad hay que buscarlo en la remota OPOYAZ, Sociedad para el Estudio de la Lengua Poética (1914-1923), en el formalismo ruso, y en la teoría literaria de Mijail Bajtín, concebida en los años treinta del siglo pasado. Bajtín introdujo la noción de dialogismo, fundamental para la génesis de la intertextualidad.

A finales de los años sesenta, Julia Kristeva definía la intertextualidad en su *Séméiotikè*. Según ella, “todo texto es la absorción o transformación de otro texto”. La intertextualidad no constituye una imitación, y tampoco una filiación; no se trata de préstamos, sino de huellas inconscientes y difícil de identificar.

Gérard Genette en sus *Palimpsestos. La literatura en segundo grado* incluye la intertextualidad en la transtextualidad, esta última abarcando varias relaciones, como la architextualidad, la paratextualidad, la metatextualidad, la intertextualidad. Según Genette, la intertextualidad sería “una relación de copresencia entre dos o más textos, es decir, eidéticamente y frecuentemente, como la presencia efectiva de un texto en otro”.

Michaël Riffaterre introduce la subjetividad (Piégay-Gros: 1996, 16), ya que define la intertextualidad mediante la lectura. El lector percibe relaciones entre una obra y otras que la han precedido o seguido. La identificación del intertexto depende, de esta manera, de la competencia y de la memoria del lector. Riffaterre habla de intertextualidad aleatoria, que el lector puede percibir o no, e intertextualidad obligatoria, que el lector no puede dejar de percibir. Riffaterre admite que los conocimientos de los lectores cambian con el tiempo, ya que cada generación lee otros libros. Además, en todas las épocas hay lectores eruditos, y lectores ordinarios.

2. «Mi nombre es Jamaica» de José Manuel Fajardo y «Don Quijote» de Miguel de Cervantes

La intertextualidad de *Mi nombre es Jamaica* con *Don Quijote* es buscada y proclamada por José Manuel Fajardo¹.

Los primeros hechos narrados en la novela ocurren en Israel. Ahí, un policía de origen argentino dice de Santiago Boroní, el protagonista de la novela: “Parece que tanto libro de Historia se le subió a la cabeza [...] como a Don Quijote” (Fajardo: 2010, 48).

No es la única mención a la célebre novela de Cervantes. Dana, la amiga de Santiago Boroní que le sigue a todas partes, reflexiona sobre su relación con el protagonista: “... yo no había pedido convertirme en el Sancho Panza que le acompañara en su delirio...” (Fajardo: 2010, 242).

Dana compara incesantemente a Santiago Boroní con Don Quijote: “Yo le escuchaba tan desalentada que ni siquiera trataba de contradecir sus disparates, me entristecía verle perdido en sus quimeras, batallando contra los molinos de viento de sus fantasmas” (Fajardo: 2010, 159).

El nombre de Sancho Panza, el escudero más famoso de la literatura, y los molinos de viento, referencia a “la espantable y jamás imaginada aventura” de Don Quijote no dejan lugar a dudas: son otras alusiones a la novela de Cervantes, alusiones que cualquier lector de cultura media del planeta percibiría. En términos de Riffaterre, sería “intertextualidad obligatoria”.

Santiago Boroní es un “brillante historiador especializado en judaísmo español” (Fajardo: 2010, 48), profesor en una universidad de París, que pierde la razón a raíz de una tragedia familiar, y está “oponiendo a la locura del mundo su propia locura” (Fajardo: 2010, 335). Pero su trastorno es provocado sobre todo por la lectura. Igual que Don Quijote, posee una gran biblioteca, en parte heredada de su padre. Como todos los profesores, lee mucho, y en algún momento confunde la realidad con la ficción, como Don Quijote.

Entre sus lecturas está la «Relación de la guerra del Bagua», una crónica del siglo XVI. En este documento descubre a Jamaica, un héroe guerrero, y quiere parecerse a él, igual que Don Quijote quería parecerse a Amadís. Santiago Boroní se peina como Jamaica, viste como Jamaica, y se comporta como Jamaica.

¹ José Manuel Fajardo es un escritor y periodista español, nacido en 1957. A pesar de sus estudios de derecho, tiene una pasión por la historia. Sus libros evocan acontecimientos importantes de la historia de España, y de América latina.

La epopeya de los locos (1990) narra las andanzas de los españoles que participaron en la Revolución francesa.

Las naves del tiempo (1992) constituye una galería de retratos históricos, trayendo a la memoria de los lectores diez personalidades del Descubrimiento.

Vidas exageradas (2001) reúne veintidós biografías de personajes históricos.

Carta del fin del mundo (1996) evoca en primera persona los trágicos lances acaecidos en el Fuerte Navidad en los tiempos de Colón. El episodio es mencionado también en *Mi nombre es Jamaica* (2010).

El Converso (1998) es su novela más conocida, y relata el fascinante viaje de un galeón en que se reúnen un inglés, un judío español que oculta su condición, una dama, y varios otros personajes.

Una belleza convulsa (2001) es una historia del País Vasco, llena de las sombras del terrorismo.

Mi nombre es Jamaica (2010) recoge elementos de su narrativa anterior: la historia de América latina después del Descubrimiento, y la historia de los judíos.

Santiago Boroní es ridículo imitando a Jamaica, y Don Quijote lo era imitando a Amadís. Además, Santiago Boroní pretende llamarse Jamaica, adopta el nombre de su ídolo. Don Quijote nunca pretende llamarse Amadís, pero adopta muchos otros nombres.

José Manuel Fajardo habla de “la melancolía de la derrota” (Fajardo: 2010, 192), describiendo la decadencia de los incas: “Los rostros demacrados, los cuerpos magros y desgastados, las precarias chozas, los vestidos raídos cuando no rotos, las escasas armas, el desorden que imperaba en la villa, tan alejado del esplendor de las ciudades del Tahuantinsuyu, el reino del inca que encomiaban siempre los viejos del ayllu, todo era prueba de la enfermedad que estaba acabando con mi raza y que no era otra que la melancolía de la derrota” (Fajardo: 2010, 192). Esto hace que el lector piense en el famoso fragmento del final de *Don Quijote*, cuando el héroe de Cervantes se está muriendo, y Sancho le dice estas memorables palabras: “...la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. [...] Si es que se muere de pesar de verse vencido...”

Más adelante, José Manuel Fajardo repite unas de las palabras de Cervantes del mismo fragmento: “que no hay mayor locura que dejarse morir en este rincón perdido del mundo, como ha sucedido antes con otros pueblos, mientras nuestros enemigos disfrutan de nuestras casas y tierras y pugnan por borrar las huellas mismas de nuestra existencia” (Fajardo: 2010, 299).

Pero Santiago Boroní comparte con Don Quijote sobre todo el deseo de enderezar el mundo, y de ayudar a los oprimidos. El brillante profesor parece un anacrónico caballero andante, dispuesto a “defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos” (Cervantes: 1991, 70). Interviene en las manifestaciones violentas de los jóvenes del barrio parisino Aubervilliers, en medio de los coches en llamas. Reivindica para sí la condición de judío, se inventa unos antepasados judíos, para coincidir con los héroes de sus ensueños, y pronuncia discursos grandilocuentes e irrisorios:

”¡Hijos de Israel, tenéis que hacer algo! ¡No os dejéis matar como corderos, hay que resistir, hay que hacerles frente! ¡No podemos dejar que el Holocausto se repita de nuevo!” (Fajardo: 2010, 157).

En sus delirios se mezclan los conocimientos de historiador; las menciones a hechos históricos son frecuentes y eruditas:

”La historia del Niño de la Guardia fue una de tantas excusas inventadas [...], acuérdate que había leyendas para todos los gustos, que si los judíos habían entregado la ciudad de Toledo a los moros, que si los judíos de Constantinopla habían aconsejado a los de España que se dejaran bautizar y aprovecharan su condición de cristianos nuevos para expulsar a los verdaderos cristianos de las iglesias y vengarse así de haber sido ellos expulsados de sus sinagogas, que si los judíos habían envenenado los pozos causando con ello la terrible peste que asoló Europa en el siglo XIV, que si las madres judías portuguesas habían preferido matar a sus hijos antes que verlos bautizados...” (Fajardo: 2010, 96).

Lo mismo hacía Don Quijote en el famoso discurso del capítulo XI de la primera parte, al hablar a unos cabreros de la Edad de Oro:

”Dichosa edad y dichosos siglos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mío»” (Cervantes: 1991, 70).

Hay una diferencia notable: el discurso de Santiago Boroní lo escuchan dos amigos suyos, Dana y David, los dos personas cultas, ella es profesora, y él es periodista y traductor, mientras Don Quijote pronuncia su discurso delante de unos cabreros, que no entienden nada.

En el tono de Santiago Boroní destacan la indignación y la vehemencia, el profesor parece haber empuñado una espada: “Mentiras, Dana, mentiras inventadas por el odio, eso hoy lo sabemos los historiadores, incluso sabemos el nombre de algunos de los inventores de esas patrañas, como Silíceo, el siniestro arzobispo de Toledo, un apostol del odio que usó su dignidad eclesiástica para fomentar la violencia y el resentimiento contra los judíos convertidos. Eso ha sido así siempre, pero me desespera verlo de nuevo en la televisión” (Fajardo: 2010, 96).

Se trata de cosas muy distintas, pero el mismo rencor y la misma ira animaban a Don Quijote, cuando hablaba de sus enemigos imaginarios, antes de embestir los molinos de viento: “...esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra” (Cervantes: 1991, 52).

En sus acciones absurdas, Santiago Boroní arriesga su vida sin sentido, e implica a los demás, igual que Don Quijote. Su víctima habitual es su amiga Dana. Los dos protagonistas tienen que ir al barrio parisino Aubervilliers, a recoger el coche de Daniel, el hijo muerto de Santiago (el coche que había provocado la muerte

del joven). Ahí, Santiago Boroní, o Tiago, como lo llama Dana, quiere ver "el caos", es decir los incendios provocados por los jóvenes protestatarios. Éste es el panorama:

"El fuego prendió en el coche contigo y, cual si fuera una señal esperada, los cócteles molotov empezaron a llover sobre el resto de la hilera; el resplandor de las explosiones hacía bailar sombras en las fachadas de los edificios, cuyas ventanas se habían oscurecido repentinamente, y pintaba de rojo el rostro de Tiago, que permanecía agarrado al volante, extasiado ante el espectáculo. La escena resultaba irreal, como sacada de una película, sólo faltaba el fundido en negro y que apareciéramos en un apartamento, viendo las mismas escenas repetidas en la televisión" (Fajardo: 2010, 204).

Pero Santiago no se limita a contemplar el espectáculo, quiere participar. Hay un episodio que hace recordar la aventura de Andrés, del capítulo IV de la primera parte del *Quijote*, cuando el héroe de Cervantes defiende a un joven, que es azotado por su amo. En *Mi nombre es Jamaica*, Dana narra el acontecimiento de Aubervilliers de esta manera:

"Entré bajo la marquesina de hormigón que separaba las dos alas del bloque de apartamentos y vi, en el centro de una especie de jardín cubierto de gravilla, a dos policías moliendo a golpes a un muchacho que se ovillaba en el suelo tratando de protegerse la cabeza con los brazos" (Fajardo: 2010, 210).

Hay que destacar que tanto Cervantes como Fajardo utilizan el mismo sustantivo, "muchacho", para referirse al joven golpeado.

Dana sigue su relato con estas frases:

"Tiago estaba parado a cuatro o cinco metros de ellos y les gritaba "¡kedar de golpearle, ijos de puta, no es más ke un ninyo!", me volví un momento para comprobar si alguien me había seguido, pero a través del soportal sólo vi pasar otro coche patrulla a toda velocidad. Cuando miré de nuevo hacia los policías, uno de ellos trataba de protegerse la cabeza con las manos, Tiago había empezado a lanzarles piedras, ¿de dónde diablos las había sacado?" (Fajardo: 2010, 210).

El héroe de Cervantes estaba igualmente encolerizado, e insultaba al agresor y deseaba luchar con él, para vengar al joven:

"Descortés caballero, mal parece tomarnos con quien defender no se puede. Subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza [...], que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo" (Cervantes: 1991, 33).

Al final de la novela, Santiago Boroní le pide disculpas a Dana, por haberla involucrado en sus acciones delirantes:

"Mi querida Dana, en todos estos meses nunca te he dado las gracias por lo que has hecho por mí. Supongo que el dolor lo vuelve a uno egoísta, por eso quiero dártelas ahora. Sé que te lo hice pasar mal y lo siento mucho. No quiero escudarme tras la muerte de Daniel, muchos otros pierden a sus hijos y no por eso se comportan como locos, pero te aseguro que no fui capaz de reaccionar de otra manera. En ningún momento fui consciente de lo que te estaba haciendo. Sin embargo, tú estuviste conmigo hasta el final, como la buena amiga que eres" (Fajardo: 2010, 341).

El protagonista de *Mi nombre es Jamaica* nos hace recordar una vez más a Don Quijote, pidiéndole perdón a Sancho, en el último capítulo de la obra maestra cervantina:

"Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo."

Para concluir, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que la "absorción" del «Quijote» en «Mi nombre es Jamaica» de José Manuel Fajardo es innegable.

Bibliografía

- Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Fernando Plaza del Amo, 1991.
 Fajardo, José Manuel, *Mi nombre es Jamaica*, Barcelona, Seix Barral, 2010.
 Genette, Gérard, *Palimpsestes [Palimpsestos]*, Paris, Le Seuil, 1982.
 Kristeva, Julia, *Séméiotikè [Semiótica]*, Paris, Le Seuil, 1969.
 Piégay-Gros, Nathalie, *Introduction à l'intertextualité [Introducción a la intertextualidad]*, Paris, Dunod, 1996.
 Riffaterre, Michaël, *La Production du texte [La producción del texto]*, Paris, Le Seuil, 1979.
http://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Manuel_Fajardo
<http://es.wikipedia.org/wiki/Intertextualidad>